



AIBR
**Revista de Antropología
Iberoamericana**
www.aibr.org
Volumen 11
Número 1
Enero - Abril 2016
Pp. 131 - 152

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

Un camino hacia la maternidad pospatriarcal

María Inmaculada Barceló Tous
Universitat de les Illes Balears

Enviado: 22.05.2013
Aceptado: 15.10.2015

DOI: 10.11156/aibr.110107

RESUMEN:

Esta es una época de cambios vertiginosos encaminados hacia la equipolencia entre géneros. Sin embargo sigue subyacente una lucha por el poder social. En este choque de fuerzas, el control de la natalidad y el *imperium* sobre la descendencia son fenómenos a tener muy en cuenta.

El presente trabajo trae a colación una dinámica reciente protagonizada por algunas ciudadanas de Estados constitucionales democráticos, que optan por ser madres a través de la reproducción asistida y apuestan por un proyecto familiar sin padre. Pero sobre todo aspira a abrir frentes de reflexión acerca de la uniparentalidad elegida. Este nuevo sistema de parentesco y la transmutación de la familia, ¿ilustran el final o el inicio de una nueva era?

PALABRAS CLAVE:

Madres solteras por elección, maternidad asistida, tecnologías de la procreación.

A PATH TO POST PATRIARCHAL MOTHERHOOD**ABSTRACT:**

This is a time of giddy changes heading towards the equality of gender. Nevertheless, a profound struggle for social power continues. In this conflict, birth control and the domain over offspring are aspects to be seriously taken into account.

This article explains a recent tendency involving women of democratic constitutional states who choose to become mothers through assisted reproduction and who aim to plan a family without the figure of the father. But most importantly, they seek to open fronts to consider the option of being monoparental. Does this new system of parenthood and family transformation means the end of or the beginning of a new age?

KEY WORDS:

Assisted maternity, procreation technologies, single mothers by choice.

Introducción

Desde los albores de la humanidad, los encuentros carnales entre personas de distinto sexo han dado lugar a incontables casos de embarazos no deseados. No obstante, hoy en día hay mujeres solas que optan propositivamente por la procreación asistida. Esa búsqueda solitaria revela que un porcentaje de la población femenina no encuentra, o no está dispuesta a estar con un varón a cualquier precio para emprender la senda de la maternidad biológica.

En el siglo XXI el jerárquico, binario y heteronormativo modelo arquétipo se ha declarado obsoleto. Nace la «familia posfamiliar», término usado por Beck-Gernsheim (2011) para referirse a la nueva familia: múltiple, pactada, cambiante. Para ello ha habido varias disociaciones sucesivas: a) del sexo con respecto a la reproducción; b) de la maternidad con respecto al matrimonio; c) de la maternidad con respecto a la pareja. Ni consorcio ni consorte han resistido el individualismo exacerbado del mundo posromántico.

Cualquiera que haya reflexionado sobre la cuestión durante más de cinco segundos se habrá dado cuenta de lo absurda que resulta la idea de que para todo el mundo exista alguien «que le está esperando». La vida de las mujeres sería mucho más fácil si partieran del presupuesto contrario, es decir, que no hay nadie «esperándolas» y que, por la cuenta que les trae, pueden continuar con su vida y con su trabajo (Greer, 2001: 378).

La nuda maternidad, sin *partenaire* sexual y/o afectivo, no solo es hoy posible, sino que se está manifestando como una tendencia incontenible en las sociedades complejas. Entre el panorama de las distintas fórmulas convivenciales, irrumpen vigorosos unos peculiares hogares uniparentales maternos, no sobrevenidos ni sobrellevados, sino deliberados. Esta «familia maternal», consecuencia y a la vez causa de la quiebra de las mentalidades más conservadoras, demuestra de forma palmaria que no está todo dicho en el campo de la maternología y la ordenación doméstica.

Ni la vida empieza con el nacimiento, ni la maternidad con el embarazo. Prueba de lo primero son los infanticidios directos o indirectos por razón de sexo que todavía se practican. Explica lo segundo el hecho de que para muchas mujeres la maternidad es fuente de identidad aun cuando no haya sido una etapa vivida (Perrot, 2007).

1. La maternidad humana es bio-cultural

1.1. *Biología*

El sexo es un mecanismo de ensamblaje genético seleccionado por la evolución, por el que una sola persona acumula las posibles mutaciones ventajosas que surgen por separado en dos individuos distintos.

El placer es el gancho que fija la práctica coital. Como apuntaba Harris, «[L]a selección natural se ha preocupado de que obtengamos el placer más intenso como recompensa a la estimulación de los órganos que inician el proceso de la reproducción» (1989: 98).

La ovulación oculta hizo posible que las hembras protohumanas, que dejaron de tener los genitales hinchados para indicar su momento fértil, comprometieran la conducta de los machos. Surge el sexo infértil, aunque el fin último siguiera siendo la reproducción. Como defienden Ryan y Jethá (2012), la fertilidad encubierta servía de acicate: el macho, con tal de asegurarse que ningún otro se apareara con una hembra constantemente receptiva, se quedaba junto a ella maximizando sus posibilidades de inseminarla. Quedaba además «obligado» al ayuntamiento frecuente si pretendía proyectar su carga genética hacia el futuro.

Las mujeres son físicamente capaces de practicar sexo todos los días de su vida adulta. Pueden copular menstruantes, durante el embarazo y al poco de haber parido. Fisher (1987) aludirá a una revolución sexual gracias a la cual las hembras ancestrales empezaron a establecer relaciones personales profundas y a contar con la ayuda de «proveedores fiables». Lo llamó «el contrato sexual».

Parece, pues, que la ovulación «silenciosa» promovió la alianza sexual y estimuló la asociación parental continuada, que permitió criar retoños de lento desarrollo madurativo y gran cerebro.

El cuidado cooperativo de los hijos, junto a una unión de pareja estable anclada en una red de oxitocina y vasopresina, podría significar que para los homínidos —por ejemplo, el *Homo erectus*, el *Homo heidelbergensis* y el *Homo sapiens*— la confianza era un punto de referencia fundamental dentro de la familia, y que podía extenderse con facilidad a parientes y amigos dentro de un mismo grupo, si lo permitían la reputación y las ventajas que podían obtenerse. La confianza permite la cooperación, y la cooperación se relaciona con una fuente de alimento más rica, especialmente a la hora de deshacerse de los competidores y en la caza de animales voluminosos. La agresión dentro de un mismo grupo queda amortiguada, mientras que la agresión hacia el exterior del grupo puede seguir siendo elevada (Churchland, 2012: 106).

Así las cosas, si bien hay varios sistemas neuronales de apego, es obvio que otras especies de mamíferos no carecen de opiáceos endógenos que favorecen las relaciones socio-sexuales y la atención a los vástagos. Quizá el alargamiento de los cuidados parentales en protohomínidos favoreció un desarrollo cerebral inaudito, con lo cual podría aseverarse que los mismos supusieron una especie de prerequisite para la evolución de las capacidades humanas. A una infancia más prolongada le correspondería un mayor tiempo de instrucción de conocimientos y habilidades. Fomentando conductas maternas adecuadas para que se dé este proceso, existen una serie de hormonas que se segregan en el embarazo, se activan con el parto y la lactancia, y se consolidan con la mirada, el lenguaje y el contacto directo.

Si se atiende a las explicaciones de Gómez Zapiain (2009) acerca del origen filogenético del deseo sexual y de la vinculación afectiva, puede concluirse que el paso de la reproducción de tipo asexual (simple división celular generadora de un individuo genéticamente idéntico) al sexual, supuso una gran ventaja en lo que a adaptación al medio se refiere. En la reproducción sexual dos sexos distintos, especializados en un gameto cada uno, se fusionan y se produce un entrecruzamiento de cromosomas al azar, derivando de ello seres únicos. La Naturaleza tuvo que inventar un sistema de atracción para que se produjera la interacción y el subsiguiente abrazo sexual, quedándose fijado el instinto sexual en el paleoencéfalo. Así, la activación fisiológica busca la satisfacción del deseo sexual en aras de la sobrevivencia de la especie. Pero la evolución instauró un segundo sistema localizado en el neocórtex, donde se halla la sede de la inteligencia cognitiva y emocional: un sistema de apego entre progenitores, y entre ellos y sus crías; y esto último hizo posible que los segundos aprendieran comportamientos básicos de subsistencia al tener adultos que paliaran su precariedad y velaran por ellos.

Las virtudes sociales desplegadas por la capacidad afectiva humana tienen una importancia crucial para que se dieran las primeras asociaciones vitalicias:

Las íntimas conexiones del sexo con el amor, la seguridad, la permanencia, la inmortalidad gracias a la continuación del linaje, no eran al fin y al cabo tan inútiles y restrictivas como se creía. [...] Esas viejas y supuestamente anticuadas compañeras del sexo eran quizá sus apoyos necesarios (necesarios no en cuanto a la perfección técnica del rendimiento, sino por su potencial de gratificación). Quizás las contradicciones que la sexualidad entraña endémicamente no sean más fáciles de resolver en ausencia de sus «ataduras». Quizás esas ataduras no eran pruebas del malentendido o el fracaso cultural, sino logros del ingenio cultural (Bauman, 2009: 69-70).

La evolución de la práctica sexual también ha sido ontogenética, pudiéndose desvincular en la especie humana la procreación del ayuntamiento carnal: lactancias prolongadas inhibitorias de la ovulación, sexo anal y oral, medidas contraceptivas rudimentarias, o —en situaciones consumadas— aborto e infanticidio.

¿Se desvincula empero la «llamada reproductora» de la mujer? Según Harris, «*necesitamos niños porque necesitamos amor*» (1991: 131). Pero también afirma que los seres humanos procrean si haciéndolo incrementan su bienestar biopsicológico. Si la criatura no va a ser bien recibida por el medio social, una mujer puede descartar el estado de gravidez; ello, sin embargo, no es óbice para que lo anhele intensamente. Hay estudios que demuestran que el suave olor de la cabeza de un rorro estimula la segregación de oxitocina, con lo que «el deseo de un bebé» puede afectarle a cualquier mujer que haya acunado al tierno recién nacido de otra (Brizendine, 2011).

Por otro lado, Foucault (Arnaiz, 2010: 169) estima que el afán de descendencia es afirmación de vida, al sostener que «*los hijos [...] son guiños subliminarios de eternidad muy humanos y nos facilitan aceptar que somos mortales*».

1.2. **Cultura. Más allá del elemento reproductivo, Sexo es Poder**

Biología y Cultura interactúan constantemente; la segunda está modelada por el funcionamiento de muchas mentes cuyos cerebros han sido contruidos de cierto modo (Damasio, 2010).

Pudo ser que la disponibilidad sexual ininterrumpida hiciera necesarias una serie de normas para limitar los comportamientos en el seno del grupo (Cohen, 2011). Se sigue así que, más que intimidad, fuente de placer y manera de procrear, el sexo es afirmación genérica, asunto político y problema religioso. Ya sentenciaba en los setenta Millet (Arnaiz, 2010: 129) que «*La discriminación sexual prevalece sobre todas las demás formas de desigualdad social, ya sea racial, política o económica*».

El género confina en roles. Una niña de 6 años puede tener identidad maternal; basta que adopte su rol de género. Y la maternidad como actividad esencial para la reproducción de la especie ha sido dispuesta meticulosamente con estereotipos que se han convertido en trampas. Estas cadenas, todavía vigentes en Occidente, se esconden bajo creencias diversas: todas las mujeres tienen instinto maternal, la respetabilidad se adquiere contrayendo matrimonio y practicando un tipo de sexo heteronormativo, la mujer-mujer es fecunda, etc.

Entiende Tiefer (1996) que el sexo no es un acto natural, sino un concepto socialmente construido, un acto innatural que instaura el primado de los varones, el coito heterosexual y la acción genital en aras de la procreación.

Para Moreno Sardà (2007) es del todo necesario comprender la división social del trabajo en razón del sexo, fundamentada en el seno de la familia, y el papel de la familia como pieza clave de este sistema autoritario y clasista, patriarcal y capitalista. El patriarcado (de corte indoeuropeo) pudo implantarse hace unos 5.000 años quedando configurada una división social según el sexo, la edad y el origen local. La vida social se transformó a partir de que el reconocimiento de haber nacido de mujer fue suplantado por formulaciones imaginarias que sitúan, en el centro, al hombre adulto que se impone coercitivamente sobre un amplio territorio. Cazadores guerreros, hermanos de hermanos, nacidos entre ellos y ya no de mujer, se autoerigieron en «nosotros», y en los rituales de paso a la adultez se separaban para siempre del ámbito subalterno de «las otras».

1.3. *¿Familia natural? ¡Pero si se trata de una ficción social y contextual!*

«La unidad básica de la sociedad de los mamíferos es la madre y su cría» (Potts y Short, 2001: 101). Los varones pudieron incorporarse al grupo familiar hace unos 4 millones de años. A partir de ahí debieron surgir las primeras relaciones de parentesco: hay unos deberes que cumplir adjudicados por cuestión de sexo (unos cazan/carroñean, y otras recolectan y cuidan a dependientes), y unas normas que seguir (repudiar el incesto y practicar la exogamia). El momento en que los machos empezaron a controlar la sexualidad de sus parejas pudo coincidir con el surgimiento de la agricultura y el advenimiento de la propiedad privada. Alegan Ryan y Jethá:

El hombre ya podía poseer la tierra, ser su propietario y transmitírsela a sus descendientes generación tras generación. La comida, que antes se cazaba o se recogía, ahora tenía que sembrarse, cultivarse, cosecharse, almacenarse, defenderse, comprarse y venderse. Hubo que construir y reforzar vallas, muros y sistemas de riego; hubo que formar, alimentar y controlar ejércitos que defendieran todo aquello. Como consecuencia de la propiedad privada, por primera vez en la historia de nuestra especie, la paternidad se convirtió en una preocupación primordial (2012: 33).

En la era preagrícola es posible que existiera una relativa omnigamia: el paleosexo pudo practicarse de forma desinhibida y simultanearse con varios congéneres: «*Estas relaciones aunque a menudo esporádicas,*

no eran aleatorias ni intrascendentes. Todo al contrario: reforzaban los lazos sociales, imprescindibles para mantener unidas a comunidades tan interdependientes» (Ryan y Jethá, 2012: 27).

Supone Arnaiz (2010) que el orden patriarcal fue propiciado por las circunstancias. La invención del arado permitió mejorar la producción, y si con anterioridad las mujeres podían ser horticultoras al ser capaces de manejar una azada, el nuevo instrumento requería una fuerza muscular de la que ellas carecían. Para sobrevivir en un mundo hostil se dividieron las tareas por sexo, y desde entonces la mujer dejó de ser valorada como productiva. Así, *«lo que, en la historia, aparece como eterno solo es el producto de un trabajo de eternización que incumbe a unas instituciones (interconectadas) como la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela»* (Bordieu, 2010: 8). La familia, explica Beck-Gernsheim (2011), fue des-enmascarada por las feministas como ideología y prisión, sede de la violencia y opresión cotidiana. No es extraño que el modelo prototípico haya hecho aguas, y de manera democrática, además.

No existe un tipo de familia universal, sino diferentes modos de asociación doméstica. Los seres humanos nacen con una pulsión sexual pero no están programados ni para la poligamia ni para la monogamia, estos asuntos son de índole cultural, y la cultura es una realidad instituida discursivamente. Si la familia nuclear fuera la organización más natural: *«¿por qué a las religiones y a las sociedades contemporáneas les parece necesario apuntalarla con deducciones fiscales y legislaciones de apoyo, al tiempo que la defienden ferozmente de parejas homosexuales y promotores de formas “no tradicionales” de matrimonio?»* (Ryan y Jethá, 2012: 142).

Dada la frecuencia de estos modernos grupos domésticos que no contienen ni están compuestos de una madre y un padre unidos por un vínculo de pareja excluyente, no entiendo cómo cabe insistir en que nuestros antepasados se criaron en familias nucleares monógamas y en que el vínculo emparejador es más natural que otras formas de organización (Harris, 1991: 305-6).

Todo debe repensarse. Puede ser que la maternidad no tenga nada de mística, y suponga mucho de actividad laboriosa, cuando no escatológica; o que el acto sexual no sea un momento de comunión entre almas, necesariamente; ni el matrimonio el estado ideal para criar a infantes si existen elementos adversos en el sistema familiar.

Asimismo, si la reproducción es un derecho humano, negárselo a lesbianas o mujeres heterosexuales solas no tiene más fundamento que el prejuicio, y supone la misma discriminación que negarles también el acceso a los anticonceptivos y al aborto (Robinson, 1997). La Constitución

Española, por ejemplo, dispone que la mujer sola puede ser madre, y si puede serlo por la vía natural (reproducción sexual), también ha de poder serlo con ayuda de las técnicas de fecundación artificial; línea de pensamiento que coincide con lo establecido por la Convención Europea de los Derechos Humanos (Roca Trías, 1999).

La díada madre-infante es la primera comunidad de vida y también es cultural. Como sugiere Gómez García, del ensamblaje de lo genético y lo cultural emerge el parentesco. Lo que es natural en los seres humanos es un sistema de organización por parentesco, pero es impropio hablar de «familia natural». La familia es posterior a la sociedad: la proximidad genética es menos consistente que el reconocimiento social:

Un determinado sistema parental puede no reconocer como hijo a uno engendrado fuera de las normas; o puede reconocer como hijo a alguien adoptado y sin proximidad genética. [...] En el orden humano, lo social es intrínsecamente bio-cultural (Gómez García, 2011: 4).

«No existe ninguna institución social natural, como no existe tampoco un hombre natural» afirma Bestard (1998: 210). Además, como postula Sánchez Martínez (2010: 128), *«la familia, lejos de ser una realidad natural, es una realidad social sometida a una revisión continua. [...] Difícilmente podemos hablar ya de una familia sino de familias»*. Y atendiendo al discurso de Eisler (Fonseca y Quintero, 2008: 379-380):

Ahora que las familias están cambiando [...] la mayoría de la gente se siente insegura, incluso culpable, sobre esa nueva vida que está construyendo. [...] Estamos tan acostumbrados a ellos (los símbolos de la familia tradicional) que seguimos creyendo —pese a las estadísticas que vemos en la prensa sobre el divorcio, la violencia en el hogar y los problemas mentales— que tanto los iconos como el sistema que representan son justos y apropiados. [...] Suponemos, sin pensar, que ese modelo es la única forma «natural» de familia y que, si hay problemas, debe ser la persona la culpable, no la institución. [...] Lo que está ocurriendo es una transformación de la cultura, no una caída. Quizá sea uno de los momentos históricos fundamentales de Occidente, la creación de una nueva base social que engendrará una estructura política democrática más avanzada y perfeccionada. [...] Es la gente la que hace las instituciones y no a la inversa. El hecho de que las personas estén transformando la familia es indicio de una sociedad sana.

Ni la familia canónica es la natural, ni un elemento fijo del orden creado, ni la específica unión de varón y hembra engendradore, la única forma familiar digna y respetable. Ya no hay modelos anómalos porque la «sacrosanta institución» se ha revelado como un falso ídolo.

2. Del matricidio primitivo a la Restauración

2.1. *El «secreto de familia» de la humanidad es haber matado a la madre (Sau, 2004)*

Según discierne Sau (2004), las mujeres ejercían el *maternaje*, no la potestad maternal, y han sido históricamente meras porteadoras de los valores masculinos; y colige:

La maternidad biológica (concepción, embarazo y parto) así como por extensión la crianza, no puede ser considerada «maternidad» desde una perspectiva de rango humano si no va seguida de su correspondiente trascendencia en lo económico, político y social. [...] Esta maternidad promovida por los jefes espirituales como el único destino válido para las mujeres, significa casi siempre perpetuar una genealogía de tipo patriarcal haciéndole hijos al marido, al Estado, a los poderes culturales masculinos (21 y 30).

Lo más plausible es que las mujeres primordiales no estuvieran en la punta de la sociedad; pasándose de cierta preeminencia no organizada de los varones a un sistema patriarcal complejamente estructurado.

Ser madre fue usado como impedimento para que la mujer ocupara sitios en la vida pública y se constituyera como ciudadana de pleno derecho. Las mujeres —señala Bourdieu— han estado históricamente «*privadas del título jerárquico correspondiente a su función real*» (2010: 81). La mujer no controlaba las relaciones de parentesco pero sobre ella recaía lo que Lagarde (2001) denomina el triple mandato de la «madresposa»: 1) ligarse a un varón; 2) ser madre; 3) fundar una familia. Sus funciones en la sociedad han sido una prolongación de sus labores domésticas a las que se dedicaron —a modo de redención— especialmente las solteras y las nulíparas, alentadas a practicar, al menos, la maternidad social (enseñanza, cuidado, servicio).

La institución que ha perpetuado el tándem de opuestos pero complementarios ha sido el matrimonio fusional. Badinter considera que «*la maternidad agrava la desigualdad en el seno de la pareja*» (2011: 27). Valcárcel manifiesta algo similar: «*El matrimonio no está ideado para ser una relación entre iguales*» (1994: 55), y prosigue:

[L]as mujeres han de ostentar el poder esposadas, con las manos juntas, en la correcta actitud de disculpa, y desposadas con su propia virginidad o con algún varón adusto del que con el tiempo transformarse en viudas inconsolables. Porque si la mujer no lo hace así simplemente peca, peca contra la naturaleza y la cultura (1994: 77-78).

Si una mujer sentía la «fiebre maternal», tanto la castidad como la atracción por personas del mismo sexo, eran hechos biológicamente inadecuados (Morris, 2011), hasta que sobrevino el estallido de la biomedicina y se desencadenó la presión sobre quienes legislan. Se abrió una ventana y mujeres soberanas empezaron a cumplir sueños.

2.2. Madres solteras por elección en las sociedades posindustriales y posreligiosas

Primeramente es preciso distinguir entre madres solteras y madres solteras por elección. Las *Madres Solteras* (MS) tradicionales comparten unos tópicos: muchachas que no suelen superar los 20 años, sin ingresos, sin estudios superiores, que quedan embarazadas en el transcurso de una unión fugaz e inestable. No habían utilizado métodos anticonceptivos y normalmente residen en el domicilio familiar, delegando en las abuelas las labores de crianza. Las futuras parejas sentimentales dan los apellidos y ejercen el rol paterno, todo lo cual puede no estar exento de problemas.

Sin embargo, las *Madres Solteras Por Elección* (MSPE) tienen un perfil que responde a las siguientes generalidades (Arias Rodríguez; Cuadrado Salinas; García Marcos; García Pérez; Jiménez Gómez; Rodríguez Prieto y Pérez Velasco, 2011; González Rodríguez; Díez; Jiménez y Morgado, 2007 y 2008; Jociles; Rivas; Moncó y Villamil, 2010; Roca Villagrasa, 2010): mujeres maduras (la media de edad en el momento de la toma de decisión es entre 35 y 40 años), de clase media y alta, con estudios medios y universitarios. Tienen trabajo estable y por cuenta ajena. La tensión en la conciliación existe pero recurren con más frecuencia que otras madres a cuidados pagados. Viven solas en poblaciones urbanas pero cuentan con una red social de apoyo. Conforman un hogar uniparental simple (sin más adultos bajo el mismo techo), y habitualmente tienen un infante, aunque son frecuentes los embarazos gemelares. Esencialmente solteras, el plan de estas mujeres contempla una relación filial aunque no se descarta una relación conyugal futura y a esa persona, si la hubiere, no se le solicita un comportamiento paternal. Se trata de proyectos individuales en pro de la felicidad personal, decididos unilateralmente. En términos de religión, las hay laicas, católicas no practicantes, y practicantes. Hallarse al borde de una edad que marca el límite de la posibilidad de ser madres biológicas y adoptivas, sirve como espoleta que da salida a un deseo acariciado desde antes pero postergado. No son mujeres que hubieran optado desde el inicio por la maternidad en solitario, puesto que muchas han tenido pareja y no descartan volver a tenerla.

La familia se ha entendido históricamente como el resultado de

un deseo dual. Sin embargo, hay estudios como el de Jordana Pröpper (2009) que revelan que cuando el hombre se niega a tener descendencia, se percibe como un acto de egoísmo hacia las mujeres, que interpretan la familia como resultado del amor. De esta manera, esta concepción tras la ruptura de la última relación sentimental se trastoca, y se pasa de desear tener hijas/os como expresión de un amor de pareja, a desear tenerlos como expresión de un amor materno-filial.

Cuando las madres solteras por elección contestan a las entrevistas que se trata de una «experiencia irrenunciable» (Arias *et al.*, 2011), ¿de qué están hablando?, ¿de tener un infante o de convertirse en madres? Seguramente de ambos supuestos ya que es innegable que «*la maternidad vincula a la mujer, social y emocionalmente, con otras personas y con la sociedad*» (Paterna y Martínez, 2005: 155). La descendencia humana asegura un *continuum* carnal/cultural y «*el establecimiento de un vínculo es algo profundamente enraizado en la psique humana*» (Fisher, 1987: 176). La especie está «formateada» para la conducta prosocial, hecho este de sumo valor adaptativo.

Beck y Beck-Gernsheim han observado que, si bien el paro y el deseo de maternidad son dos estabilizadores del rol femenino, hay un incremento notable de familias «solteras» (uniparentales, tanto maternas como paternas) para las que:

El hijo se convierte en la última relación primaria irrevocable y no intercambiable que queda. Las parejas vienen y se van. El hijo se queda. [...] se convierte en la última contrasoleadad [...] constituye [...] una fuente elemental de felicidad. El hijo abre nuevos aspectos de la vida: proporciona intensidad a los sentimientos, autoexperiencia y experiencia de sentido, arraigo emocional (2008: 62 y 178).

Según datos proporcionados en enero de 2012 por el centro barcelonés de *Esterilitat i Medicina Reproductiva* (ESIMER), las mujeres solas que acuden a un banco de esperma han aumentado un 200% en los últimos cinco años; y el 35% de las mujeres a las que se practica una inseminación no tiene pareja o pareja masculina. Esta realidad familiar es la que ha experimentado mayor incremento (Arias *et al.*, 2011). En fin, no hay dos mujeres-madres iguales, pero a efectos de comprensión puede señalarse que, en general, la mujer que acomete por propia voluntad la maternidad a solas, pasa o cumple una serie de requisitos:

a) *Querencia*: Más acentuada en las mujeres que en los varones pues la vida fértil de las primeras es más breve. Con pareja o sin pareja, el *querer* siempre es el mismo. No se frena el impulso de lo que una es, porque una está en esa pasión y se define con ella. Y de lo endógeno a lo

exógeno: el patriarcado ha remarcado siempre el valor de la mujer fecunda (perdida la fertilidad de la soltera, perdido su valor), y ha maternizado a las niñas desde muy pequeñas, encauzándolas hacia lo que se suponía que era su destino. De esta manera el imperativo es también externo, puesto que en el acervo de la sociedad tradicional «si no eres madre, no vales como mujer».

b) *Factibilidad (porque se puede)*: Siempre ha habido mujeres solas al frente de algunos hogares a causa de abandonos, separaciones o viudeces sobrevenidas; pero desde hace unos años, en los países con democracias consolidadas se asiste a la emergencia de un colectivo de mujeres que se propone, de forma voluntaria, conformar una familia sin padre. Las vías de acceso a la maternidad electiva y en solitario son varias según los países de origen de las mujeres, distinguiéndose la adopción, la subrogación, la reproducción asistida, y la relación sexual esporádica con fines únicamente reproductivos (con engaño o con el consentimiento del varón). Para todo ello ha hecho falta una revolución en las técnicas de procreación, y reformas profundas en los códigos de familia y en los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. La vindicación feminista también ha influido en la creciente «normalización» del modelo unimaternal; e igualmente hay que descollar la repercusión de la ampliación de la base social de procedencia de las madres solteras y la implantación de una ética laica que ha permitido una mayor permisividad en materia de sexualidad y cohabitación (González Rodríguez *et al.*, 2007). Efectivamente, «*a medida que hemos levantado la censura sobre la sexualidad por fuera del matrimonio, ha aumentado la aceptación de la maternidad por fuera de las uniones legales, hasta llegar a la maternidad sin pareja*» (Espinosa, 2006: 302).

c) *Posibilidades (porque una puede) físicas, psicológicas y económicas*:

- *Físicas*: Al contrario de los varones fértiles, que producen espermatozoides durante toda la vida, las mujeres no fabrican sino que almacenan gametos, puesto que nacen con un número de óvulos concreto, que se reduce y degenera con el paso de los años y, partir de los 30, cada vez más rápido. Engendrar, siendo *añosa*, es arriesgado y difícil. Algunas deben recurrir, no sin el correspondiente duelo por la pérdida de la carga genética, a la ovodonación, la adopción de embriones, o la subrogación.
- *Psicológicas*: Ponderación, perseverancia, capacidad de lucha y creer que «*la maternidad es fundamentalmente amor y logística*» (Horno, 2011: 89), son las bazas que manejan estas mujeres maduras para combatir la soledad, el estrés y el desaliento.

— *Económicas*: La autosuficiencia económica es indispensable puesto que las políticas familistas todavía privilegian a la familia conyugal heterosexual biparental.

¿De dónde vienen y a dónde van las MSPE?

Por desgracia, cuando una mujer dice que «desea» tener un hijo, en general, no se trata de un deseo libidinal sino de un «deseo» de cumplir la ley del Padre. [...] El dar cumplimiento a lo que la sociedad patriarcal espera de la mujer la hace sentirse socialmente aceptada e integrada. [...] Cuanto más integrada esté la madre en una familia patriarcal y cuanto más poderosa sea ésta, cuanto más patrimonio encarne y cuanto más se proyecte en el linaje, más prepotente será la presión de las normas y más predispuesta estará a sofocar la voz de sus entrañas (Rodrigáñez y Cachafeiro, 2007: 198 y 338).

A pesar de la liberación femenina, todas han sido marcadas con un *imprinting* cultural machista. La MSPE está libre de algunas rémoras, pero no de todo vestigio patriarcal, siendo el mayor la idea de mujer-madre como mujer completa.

Cánovas Sau (2010) defiende la idea de que la identidad femenina ni se define ni se agota con la maternidad pero que el binomio mujer-madre sigue vigente en el imaginario colectivo. Si alguna mujer no puede ser madre (por esterilidad, soltería, viudedad prematura) la sociedad le transmite mensajes de lástima pero también de marginación. Todavía se oyen expresiones de este tipo: «*Tienes la regla, ya eres mujer*» o «*Es imposible que una mujer se realice si no es madre*». La profesión maternal suponía la única vía de reconocimiento y justificaba el paso de una mujer por la Tierra. En ausencia de relación sponsal, el convento era otra opción honorable.

La sola menstruación puede percibirse de manera cruel en cualquier mujer ávida de preñez porque «*se pierde una criatura cada mes*». Como gráficamente narra Bernal en su libro autobiográfico: «*Tu vida a partir de que comienzas la búsqueda de un hijo, ya no se divide en semanas, meses o años... se divide en las aproximadamente cuatro semanas que suele durar un ciclo. La vida será un ciclo menstrual [...] las estaciones se funden y el tiempo empieza a desarrollarse en una dimensión muy especial... regla, ovulación, regla, ovulación*» (2012: 34-35).

Ahora bien, aunque las mujeres sufren una gran presión por convertirse en genitoras, se está asistiendo a la caída del absolutismo paterno y al surgimiento de una maternidad a solas no deshonrosa ni vergonzante. Ello supone dejar la participación masculina en los mínimos históricos: un espermatozoide. Así pues, la nueva fórmula parental puede considerarse altamente significativa:

- *Para las MSPE*: Las transformaciones simbólicas que supone elevar el rango de la Madre y ejercer una maternidad no legitimada por ningún varón son hondas. El hecho de que las leyes lo dispongan y de que algunas mujeres lo ejecuten denota que el paso está dado y que el padrecentrismo pasó a la historia. El relevo en la jefatura familiar se asume proactivamente. Las MSPE son conscientes de ser protagonistas en la revolución social que está teniendo lugar, de ser «*desbrozadoras de nuevos caminos*» (Jociles y Rivas, 2009).

Según Agacinski (Badinter, 2003: 44): «[L]a maternidad es en idéntica medida el punto de anclaje de la identidad femenina, mucho más que la experiencia de la sexualidad». Hay que reflexionar, entonces, acerca de si la «recuperación de la Maternidad» por parte de las mujeres, es o no es una manera de esclavitud. Tradicionalmente la mujer-madre ha sido «*presa de la especie*» (Imaz, 2010: 78), pero desubjugada se presenta poderosa. Ser feminista no consiste en renunciar a generar vida; tiene que ver con tener o no tener no obligatoriamente. Ser madre es una dimensión contingente, central o satelital. La maternidad ya no aparta de otras fuentes de realización y no tiene por qué condenar a la esfera privada. Dejar de ser *mujer doméstica* y de practicar la *maternidad forzosa* es posible.

- *Para las hijas e hijos de las MSPE*: Destaca la importancia de la endoculturación infantil ejercida por la madre, vínculo primal, progenitora única, depositaria exclusiva de la potestad legal, sustentadora sola de la comunidad familiar.

El asunto de los apellidos es, de suyo, un tema con múltiples implicaciones al ligar al recién llegado sujeto social solo a la estirpe de la madre. Las personas adoptadas tienen derecho en España a conocer quiénes fueron sus ascendientes biológicos, no así los que han sido fruto de la procreación asistida (excepto en casos extraordinariamente graves donde puede informarse a un juez).

Por muy controversial que sea, no puede obviarse que pueda existir curiosidad por conocer la propia identidad genética. Y existen personalidades en bioética como Andorno que se preguntan: «¿[P]odemos cortar los lazos genealógicos de una persona sin poner en peligro su estabilidad psíquica futura?» (2012: 136). Pero unas células germinales vendidas, ¿hacen genealogía?

Beck y Beck-Gernsheim refieren que en las sociedades patriarcales los hijos (preferentemente varones y primogénitos) eran considerados bienes

(mano de obra y seguro para la vejez) y/o beneficiarios. Pero como a día de hoy «*ya casi no se les necesita como fuerza de trabajo o herederos, la única gratificación que se puede lograr es el valor emocional*» (2008: 195). Ello puede suscitar crisis debido a la intensidad de los sentimientos, rayanos —en ocasiones— en lo idolátrico, al conducir a una «sobreemotionalización» de las relaciones familiares y acabar en violencia.

- *Para el conjunto de la sociedad*: El hecho de descartar la reproducción sexual directa, en el caso de tener pretendientes dispuestos, sugiere que detrás del comportamiento seleccionado hace millones de años, se oculta «*el deseo secreto de alcanzar la inmortalidad por su propia descendencia*» (Torre, 2010: 86). Con ello, si en palabras de Nieto «*la sexualidad es un acontecer humano del cual necesita la sociedad para su perpetuación*» (1993: 92), puede inferirse que la sociedad puede terminar revalidando la fecundación asistida, siempre y cuando con la transmisión de los genes, vaya la de los valores. No obstante, si se da por válida esa hipótesis parece que no es posible salir del sistema androcéntrico, estando entonces en un «patriarcado moderno» más que en una transición del patriarcado hacia otra cosa. Sea como fuere y como señala García de León: «*sí que aparece una tendencia de futuro clara: la igualdad de género está inscrita en nuestros códigos sociales ligado a la democracia, en este sentido constituye una dinámica social imparable en Occidente que de truncarse significaría una importante quiebra en la propia naturaleza del sistema*» (2002: 285).

Incluso si no se consideran activistas, todas las MSPE colaboran con su ejemplo de vida en ese «feminismo difuso» que está expandiéndose ostensiblemente. Aduce Castells (Sánchez Martínez, 2010: 22) que sin la familia patriarcal, el patriarcado se «*vería desenmascarado como una dominación arbitraria y acabaría siendo derrocado*». Y como apunta Alberdi: «*La familia sigue existiendo, a pesar de todos estos cambios o, quizás gracias a ellos*» (2006: 38). También Perelló Tomás otorga un papel positivo a la familia postradicional: «*las transformaciones familiares a las que estamos asistiendo se enmarcan en un proceso que, lejos de conducir a la desvalorización de la familia como institución, la sitúa en el centro de la vida social*» (2006: 13). Y conjetura Sánchez Martínez (2010) que lo que está en crisis no es la familia, sino un determinado modelo familiar: matrimonial, heterosexual, desigual e indisoluble.

Las *Técnicas de Reproducción Asistida* (TRA) son formas viables de reproducción humana y ya no son inusuales; todo lo contrario, habida

cuenta del retraso en el acceso a la maternidad y a la emergencia de maternidades atípicas, han dejado de ser un coadyuvante a los problemas de esterilidad para pasar a ser un modelo de reproducción por sí mismo. En palabras de Bauman: «*En la actualidad, la medicina compite con el sexo por el dominio de la reproducción*» (2009: 61). La mera posibilidad de escoger el momento de la concepción, decidir el sexo que va a tener la criatura, preservar a la misma de enfermedades hereditarias, e incluso optar al donante por catálogo, hacen irresistible la adquisición de ese «hijo a la carta»; aunque, según este mismo autor, «*en nuestra época, los hijos son, ante todo y fundamentalmente, un objeto de consumo emocional*» (2009: 63).

La reproducción artificial es obra del ser humano, por tanto, una forma «humana» de nacer. Con cada parto logrado se desactiva el conservadurismo más reaccionario para el que los animales se *reproducen*, los seres humanos *procrean* y los técnicos en fertilidad *producen*. Empleando las palabras de Santa Olalla:

Somos artificiales desde que nacemos y vivimos rodeados de artificialidad. El mundo en sí y la naturaleza son artefactos y están afectados por la mano del hombre. La historia del ser humano es también la historia del desarrollo técnico. [...] Negar la ciencia y la tecnología es eliminar de un plumazo dos de los factores que nos han humanizado a lo largo de los siglos (2010: 56-57).

— *Para poner sobre el tapete los impensados:*

[L]as nuevas maternidades a pesar de ser presentadas públicamente como alternativas o modelos transgresores del orden social, no son más que el resultado de las necesidades que ese mismo orden produce, que responde a la necesidad política de aumentar las tasas de natalidad. A través de una doctrina de la sublimación de la maternidad, bajo los dictámenes de una neomística maternal, se refuerza una ideología que define a las mujeres «naturalmente» programadas para las funciones de procreación y cuidado, al tiempo que las aleja de los logros obtenidos en los espacios de toma de decisiones. [...] Por consiguiente, el orden consumo produce el sujeto para el objeto, es decir, no solo crea el producto (embrión, óvulo, esperma o niño/a) sino que también determina quién, cómo, dónde y cuándo se consume, creando así una demanda/deseo/necesidad que solo puede ser satisfecha en un mercado que dota de identidad. [...] Tras la aparente imagen de transgresión y diversidad que ofrecen las nuevas maternidades, se están «naturalizando» los roles de género (Burgaleta, 2011: 310-315).

Pero hay más. Según sigue argumentando Burgaleta, la maternidad en solitario no solo es promocionada por el Estado, sino que «*es también*

aceptada por la Iglesia y los sectores conservadores, que ven reforzada su ideología de la familia basada en la maternidad y en el destino reproductivo de las mujeres» (2011: 220).

¿Qué queda del sistema de parentesco occidental: cristiano, patrimonial y monogámico?

- *Para entender el peaje que se ha de pagar por la autobiografía planeada*: Si la familia canónica induce a la mujer a ejercer el rol de reproductora condenada a trabajo doméstico perpetuo, en las familias maternas la mujer está muchas veces penalizada a la soledad afectiva. Beck y Beck-Gernsheim lanzaban la fatídica pregunta al aire: en una época en que el matrimonio ya no es un medio de subsistencia, «¿pueden amarse dos personas iguales y libres?» (2001: 31).

¿Maternidad feminista es, entonces, la de la mujer sola?

2.3. *Recapitulando*

Las MSPE no ponen en peligro a «la familia» puesto que son creadoras de familias en estos tiempos de anorexia gestativa tan acusados. Tampoco sus hogares son inestables ni disfuncionales *per se*. Son un modelo paralelo en el vigente mosaico de maternidades.

La familia se ha desmitificado y la maternidad ha podido resignificarse. Hay un cambio capital en las sociedades avanzadas: la familia convencional ya no es sagrada sino una unidad de consumo que captar; el hogar no exige al padre, a la madre, o a la descendencia, para recibir el título de hogar no-deficitario. Gracias a la contracepción y a la biotecnología, la reproducción ya no está indisolublemente asociada al matrimonio, a la pareja, o a la fertilidad o infertilidad natural.

Con el acceso a las TRA pueden procrear las heterosexuales y las lesbianas, las vírgenes y las desvirgadas, las solas y las muy maduras. Estas mujeres del Occidente enriquecido actual se han empoderado de su espacio, de su tiempo, de sus recursos, de su cuerpo y, por último, de sus hijas e hijos. Pero para aducir patriarcalismo o pospatriarcalidad hay que denotar la autoubicación de la madre (potencial o efectiva). Como manifiesta Cánovas Sau: «*La pregunta ¿qué lugar ocupan los hijos en la vida de una mujer?, no puede plantearse sin la siguiente reflexión: ¿qué lugar se da la mujer a sí misma?*» (2010: 23). Ahí está el *quid*.

3. Conclusiones

Las categorías acerca de lo innato/adquirido, cuerpo/alma, emoción/cognición, individuo/especie, natural/tecnológico, evolución biológica/evolución cultural, no son ni mutuamente excluyentes ni mucho menos antagónicas. Son unidualidades, aleaciones inextricables que caracterizan nuestra humanidad.

La uniparentalidad electiva es una tendencia en auge en Occidente y las MSPE son hacedoras de un tipo de maternidad altamente significativo, siendo protagonistas de importantes transformaciones en las estructuras socio-familiares y genéricas. El poder hace y hace hacer, y haciendo se legitima y crea vínculos para seguir haciendo. El déficit de ciudadanía por razón de género está siendo corregido, y no hay que desdeñar la maternidad técnicamente asistida en el cambio ideológico-simbólico que está acaeciendo. La democracia sexual también necesita sus revoluciones para progresar. Es más, no es descabellado pensar que después de las heterosexuales y las lesbianas, cruzarán este personal Rubicón los varones heterosexuales, además de *gays*, bisexuales, transexuales e intersexuales, que prefieran el sistema filial, y descarten —si no llega la persona propia— la familia conyugal.

Las MSPE no ejercen de madre y de padre. Las MSPE «madrean», y es en ese «madrear» sin complejos (nada que ver con las tesis del determinismo biológico y la arcana «consustancialidad femenina»), en la experiencia de las mujeres-madre autogestoras y desadheridas de un varón, en el que debe incidir la maternología del futuro si quiere llenarse de significados y estrategias distintas.

Pero están en el aire algunos interrogantes:

Si la vocación maternal es una entente biocultural, ¿funcionan las TRA como elemento emancipador (al dar oportunidades) u opresor (al incidir en que la realización femenina debe pasar por el maternazgo)? ¿Son técnicas solo aptas para el consumo de las mujeres maduras de clase rica?

Por otra parte, es el personal experto en biología quien selecciona no ya a los individuos, sino a los gametos óptimos. Ahora la selección es tecnológica, introduciéndose la intención ajena en la biografía de un ser humano que no va a disponer de un comienzo contingente, sino dirigido. ¿Influirán las intervenciones en una mejor equipación física/psíquica de las criaturas?

Las MSPE no quieren morir sino trascender. El acto sexual ya no es omnidecisivo, ni la mujer abnegada, ni el uso del propio cuerpo un motivo para encerrarla en un correccional o condenarla a muerte. ¿Quién comete una acción intrínsecamente inmoral: la que consuma su inclinación

maternal o el que la prohíbe o condena después de ensalzarla durante siglos? Pablo VI declaró en 1965, en un discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas, que la Iglesia es «*experta en humanidad*» (DV, preámbulo, 1). ¿Lo es?

Puede que haya una serie de rasgos que diferencian a las personas del resto de animales (bipedismo, pensamiento simbólico, extraordinaria destreza manual, lenguaje de doble articulación, sentido estético, autoconciencia, preorganización moral, etc.), pero el sexo específicamente humano ocupa un lugar central. ¿Habrà un cambio en las conductas relacionales si cualquiera de los sexos puede procrear sin necesidad del otro?

¿Estamos hablando de un modelo patriarcal trastornado o de una auténtica fórmula pospatriarcal en ciernes?

Referencias bibliográficas

- Alberdi, I. (2006). La transformación de las familias en España. *Arxius*, 15: 25-40.
- Andorno, R. (2012). *Bioética y dignidad de la persona*. Madrid: Tecnos.
- Arias Rodríguez, M.; Cuadrado Salinas, Ch.; García Marcos, N.; García Pérez, M.E.; Jiménez Gómez, M.I.; Rodríguez Prieto, A. y Pérez Velasco, M. (2011). Trabajo de las matronas de la Escuela La Paz sobre las Madres solteras por elección.
- Arnaiz Kompanietz, A. (2010). *La condición sexual humana y la construcción de la realidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Badinter, E. (2003). *Hombres ≠ Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Badinter, E. (2011). *La mujer y la madre. Un libro polémico sobre la maternidad como nueva forma de esclavitud*. Madrid: La esfera de los Libros.
- Bauman, Z. (2009). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2008). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Beck-Gernsheim, E. (2011). *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona: Paidós.
- Bernal, E.M. (2012). *Mi maternidad asistida o cómo ser madre por reproducción asistida y no morir en el intento*. USA: KDP de Amazon.
- Bestard, J. (1998). *Parentesco y modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Bordieu, P. (2010). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Brizendine, L. (2011). *El cerebro femenino*. Barcelona: RBA.
- Burgaleta Pérez, E. (2011). *Género, Identidad y Consumo: las nuevas Maternidades*. Tesis Doctoral. Departamento de Sociología, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Cánovas Sau, G. (2010). *El oficio de ser madre. La construcción de la maternidad*. Barcelona: Paidós.
- Cohen, C. (2011). *La mujer de los orígenes*. Madrid: Cátedra.

- Congregación para la doctrina de la Fe (22 de febrero de 1987). *Instrucción Donum Vitae sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación*. En http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19870222_respect-for-human-life_sp.html. Accedido el 15 de Enero de 2013.
- Churchland, P. (2012). *El cerebro moral. Lo que la neurociencia nos cuenta sobre la moralidad*. Barcelona: Paidós.
- Damasio, A. (2010). *Y el cerebro creó al hombre*. Barcelona: Destino.
- Domínguez-Rodrigo, M. (2011). *El origen de la atracción sexual humana*. Madrid: Akal.
- Eisler, R. (1999). *Placer sagrado. Sexo, Mitos y Política del Cuerpo*. Chile: Cuatro Vientos.
- Esterilidad i Medicina Reproductiva (ESIMER) (Enero de 2012). En <http://www.esimer.com/blog/reproduccion-asistida/madres-solteras-y-en-parejas-homosexuales-mediante-tecnicas-de-reproduccion-asistida/>. Accedido el 15 de enero de 2013.
- Espinosa Pérez, B. (2006). Derecho y maternidad. El lenguaje jurídico ante la transformación de un mito. *Universitas*, 112: 295-316.
- Fisher, H.E. (1987). *El contrato sexual. La evolución de la conducta humana*. Barcelona: Salvat.
- Fonseca Hernández, C. y Quintero Soto, M.L. (2008). *Temas emergentes en los estudios de género*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- García de León, M.A. (2002). *Herederas y heridas. Sobre las élites profesionales femeninas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Gómez García, P. (2011). El parentesco como sistema en la interfaz bio-cultural. *Gazeta de Antropología*, 27(2).
- Gómez Zapiain, J. (2009). *Apego y sexualidad. Entre el vínculo afectivo y el deseo sexual*. Madrid: Alianza.
- González Rodríguez, M.M.; Díez, M.; Jiménez, I. y Morgado, B. (2007). Madres solas por elección. Análisis de la monoparentalidad emergente. Estudio del Instituto de la Mujer elaborado en la Universidad de Sevilla.
- González Rodríguez, M.M.; Díez, M.; Jiménez, I. y Morgado, B. (2008). Maternidad a solas por elección: primera aproximación. *Anuario de Psicología*, XXXIX(1): 119-126.
- Greer, G. (2001). *La mujer completa*. Barcelona: Kairós.
- Harris, M. (1989). *Nuestra especie*. Madrid: Alianza.
- Horno, P. (2011). *Ser madre, Saberse madre, Sentirse madre*. Bilbao: Desclée de Brower.
- Imaz, E. (2010). *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*. Madrid: Cátedra.
- Jociles, M.I.; Rivas, A.M.; Moncó, B.; Villamil, F. y Díaz, P. (2008). Una reflexión crítica sobre la monoparentalidad: el caso de las madres solteras por elección. *Portularia*, VIII(1): 265-274.
- Jociles, M.I.; Rivas, A.M.; Moncó, B. y Villamil, F. (2010). Madres solteras por elección: entre el “engaño” y la solidaridad. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 5(2): 256-299.
- Jociles, M.I.; Rivas, A.M. y Moncó, B. (2011) Las madres solteras por elección ¿Ciudadanas de primera y madres de segunda? *Revista Internacional de Sociología*, 69(1): 121-142.
- Jociles, M.I. y Rivas, A.M. (2009). Entre el empoderamiento y la vulnerabilidad: la monoparentalidad como proyecto familiar de las MSPE por reproducción asistida y adopción internacional. *Revista de Antropología Social*, 18: 127-170.

- Jordana Pröpper, O. (2009). Una aproximación antropológica a la maternidad voluntariamente sola en Barcelona. *Revista de Antropología Experimental*, 9: 91-102.
- Lagarde, M. (2001). *Claves feministas para la negociación en el amor*. Managua: Puntos de encuentro.
- Moreno Sardà, A. (2007). *De qué hablamos cuando hablamos del hombre*. Barcelona: Icària.
- Morris, D. (2011). *El mono desnudo*. Barcelona: Debolsillo.
- Nieto, J.A. (1993). *Sexualidad y deseo. Crítica antropológica de la cultura*. Madrid: Siglo XXI.
- Paterna, C. y Martínez, C. (2005). *La maternidad hoy: claves y encrucijadas*. Madrid: Minerva.
- Perelló Tomás, F. (2006). El pluralismo de las formas familiares y la quiebra de las viejas adscripciones de género: interdependencia y límites, *Arxius*, 15: 7-23.
- Perrot, M. (2007). *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Potts, M.M. y Short, R. (2001). *Historia de la sexualidad humana. Desde Adán y Eva*. Madrid: Akal.
- Robinson, B.E.S. (1997). Birds do it. Bees do it. So why not single women and lesbians? *Bioethics*, 11: 3-4.
- Roca Trías, E. (1999). Filiación asistida y protección de derechos fundamentales. *Derecho y Salud*, 7.
- Roca Villagrasa, N. (2010). El proceso de desinstitucionalización de la vida familiar: La maternidad/paternidad en solitario por opción en España. *X Congreso Español de Sociología: Treinta años de sociedad, treinta años de sociología*. Universidad Pública de Navarra.
- Rodríguez, C. y Cachafeiro, A. (2007). *La represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente*. Murcia: Crimentales.
- Ryan, C. y Jethá, C. (2012). *En el principio era el sexo. Los orígenes de la sexualidad moderna. Cómo nos emparejamos y por qué nos separamos*. Barcelona: Paidós.
- Sánchez Martínez, M.O. (2010). *Igualdad sexual y diversidad familiar: ¿La familia en crisis?* Madrid: Universidad de Alcalá.
- Santa Olalla, M. (2010). *De la vida a la ética*. España: Desclée de Brower.
- Sau, V. (1994). La maternidad: una impostura. m=f (P). *Duoda*, 6.
- Sau, V. (2004). *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*. Barcelona: Icària.
- Tiefer, L. (1995). *El sexo no es un acto natural y otros ensayos*. Madrid: Talasa.
- Torre, J. de la (2010). *Mujer, mujeres y bioética*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- Valcárcel, A. (1994). *Sexo y filosofía. Sobre "mujer" y "poder"*. Barcelona: Anthropos.